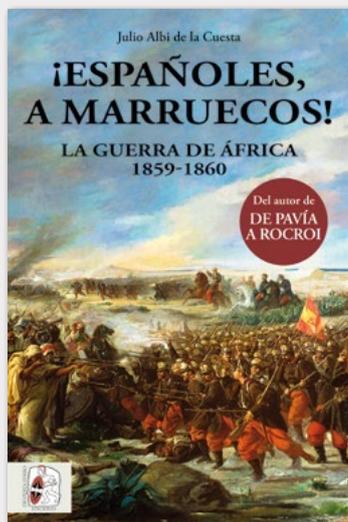


La última guerra romántica

El prestigioso historiador Julio Albi recupera del olvido la Guerra de África de 1859-1860, un conflicto cuyo magro *casus belli* solo rivalizaría con la exigua recompensa, en la que el patriotismo suplió a la planificación, en la que se derrochó coraje, pero faltó cabeza.



20-3-2018 - La editorial Desperta Ferro Ediciones publica *¡Españoles, a Marruecos! La Guerra de África 1859-1860*, de [Julio Albi de la Cuesta](#), embajador de España, correspondiente de la Real Academia de la Historia y autor del clásico de referencia [De Pavía a Rocroi. Los Tercios españoles](#).

Cargas de coraceros con refulgentes cascos metálicos; agrestes cabileños, de chilabas rayadas; lanceros con multicolores banderolas; la legendaria Guardia Negra, azul y roja; audaces cornetas, casi niños; húsares, blancos y celestes; aérea caballería marroquí, envuelta en jaiques fantasmales; misteriosas ciudades santas; arias de Bellini cantadas a la luz de las hogueras por oficiales sentimentales; zocos abigarrados; curtidas cantineras vestidas a la amazona, revólver en cinto; Prim tonante, en los Castillejos; caravanas ondulantes de camellos; ataques a la bayoneta con banderas desplegadas, al compás de músicas y charangas; y plumas como las de Alarcón, que tomaban sus sueños por realidades. Por estos y otros aspectos la Guerra de Marruecos de 1859-1860 ha pasado a la historia con el nombre de "Guerra Romántica", carácter que comparte

la misma denominación oficial, Guerra de África, que desorbita el ámbito de las operaciones que se llevaron a cabo, para darles una dimensión continental. Junto a todo eso existe, sin embargo, otro rostro no tan evocador, el de una campaña improvisada, lanzada en la peor época del año y con medios navales insuficientes; soldados ateridos, mal cobijados en tiendas diseñadas para resguardar del sol, no para proteger de las constantes lluvias, y batalla inútil y costosa. Y siempre, la sombra del cólera insidioso, más feroz que las balas, que envió a miles de hombres a la tumba, tras entierros clandestinos, para no desmoralizar a los supervivientes, o a hospitales donde con frecuencia agonizaban olvidados en el suelo, sobre un montón de paja podrida. En *¡Españoles, a Marruecos! La Guerra de África 1859-1860*, Julio Albi de la Cuesta retrata con maestría esta dicotomía, porque si la guerra fue indiscutiblemente popular, miles de españoles pagaron para no ir a ella; si concitó consensos de todos los partidos, la unanimidad duró poco; si obtuvo ciertas ventajas, generó decepciones, y si se derrochó bravura, sobraron imprudencias censurables. Fue, pues, una campaña con claroscuros, como tantas otras, lejos del escenario, a la vez idílico y teatral, que en ocasiones se ha presentado.

El libro estará **disponible el miércoles 28 de marzo**. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones enero-junio 2018.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que han visto la luz una treintena de títulos (catálogo completo [aquí](#)). En la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



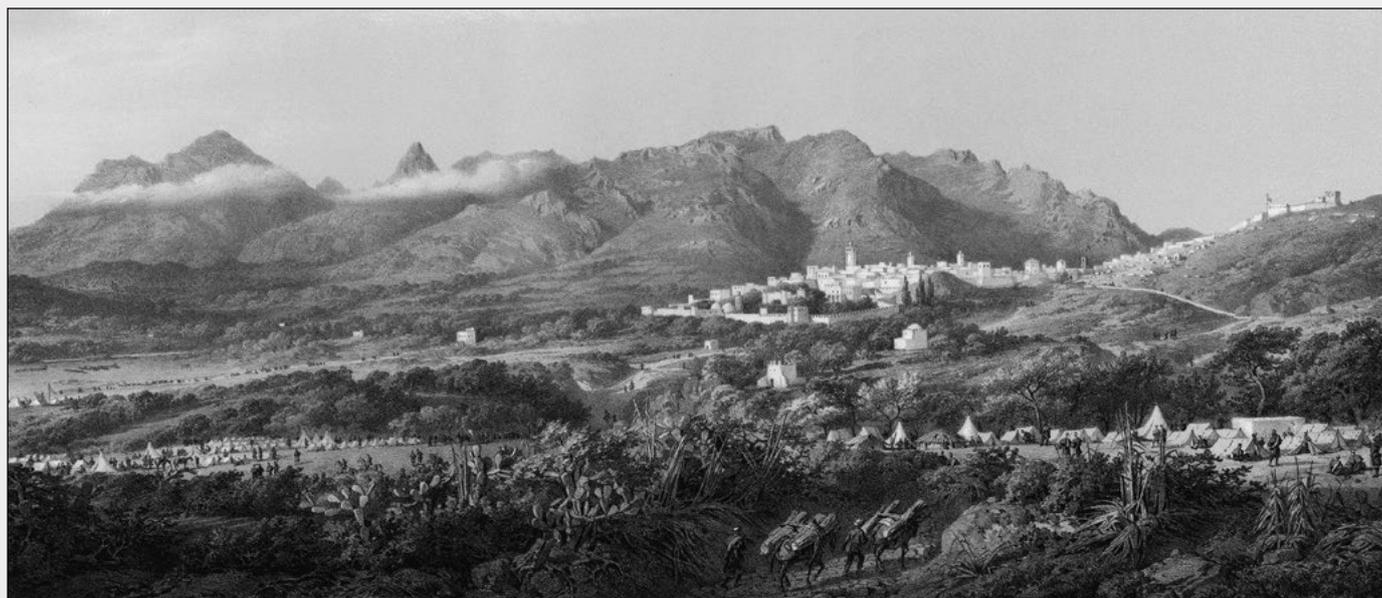
SOBRE EL AUTOR



Julio Albi de la Cuesta nació en Burgos el 15 de julio de 1948 y tras licenciarse en Derecho ingresó en 1973 en la carrera diplomática. Ha sido Subdirector General de la Oficina de Información Diplomática y Embajador de España en la República de Honduras, fomentando la convocatoria anual de la “Antología de las Artes Plásticas de Honduras”, la cooperación cultural entre España y Honduras, así como la implicación en la Escuela Nacional de Bellas Artes de Honduras. Julio Albi de la Cuesta ha desempeñado el puesto de Director General de Relaciones Informativas y Sociales del Ministerio de Defensa desde 1991 sustituyendo a Luis Reverter. Tras esto, en 1993 fue nombrado Embajador de España en la República de Ecuador y Cónsul General de España en Nueva Orleans. Fue también en 2004 Embajador de España en la República del Perú. En agosto de 2010 fue nombrado embajador de España en Siria, sustituyendo a Juan Ramón Serra, donde permaneció hasta el estallido del conflicto.

Como historiador, desde 2009 es académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y autor y co-autor y editor de numerosos libros de historia militar. Julio Albi de la Cuesta se ha convertido en un autor referente para la Historia Militar de nuestro país por obras clave como *De Pavía a Rocroi. Los Tercios españoles, Banderas Olvidadas, En torno a Annual, Campañas de la caballería española en el siglo XIX* o *El Ejército carlista del Norte*. Esta última constituye un riguroso estudio que desgrana la trayectoria del Ejército carlista durante la Primera Guerra Carlista. El impecable uso del idioma de Julio Albi y sus conocimientos históricos lo convierten no solamente en autor de algunos artículos para *Desperta Ferro Historia Moderna* sino también de un libro de cuentos, *Caminantes*, y de novelas como *La calavera de plata*.

Julio Albi es Premio Ejército Distinción Especial 2009 en reconocimiento a sus estudios y trabajos sobre la historia del Ejército



Vista de Tetuán en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

ÍNDICE

Prólogo

- 1 «¡ESPAÑOLES, A MARRUECOS!»
- 2 ESPAÑA, 1859
- 3 LOS CONTENDIENTES
- 4 OPERACIONES DE NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1859
- 5 «UN MAL SUEÑO»; LA LARGA MARCHA (ENERO DE 1860)
- 6 AITA TETTAUEN
- 7 UNA BATALLA DIFÍCIL, UNA PAZ COMPLICADA Y OTROS COMBATES

Apéndice I.

Apéndice II.

Apéndice III.

Apéndice IV.

Apéndice V.

Bibliografía

Índice analítico

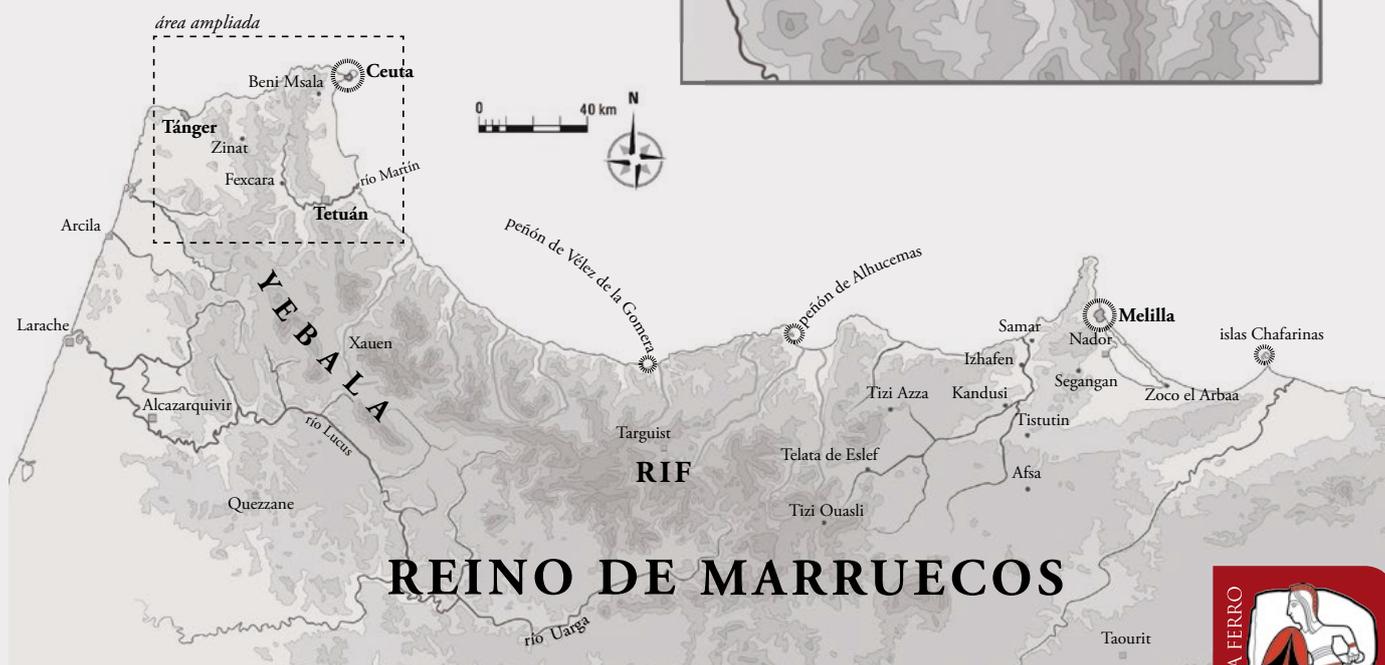
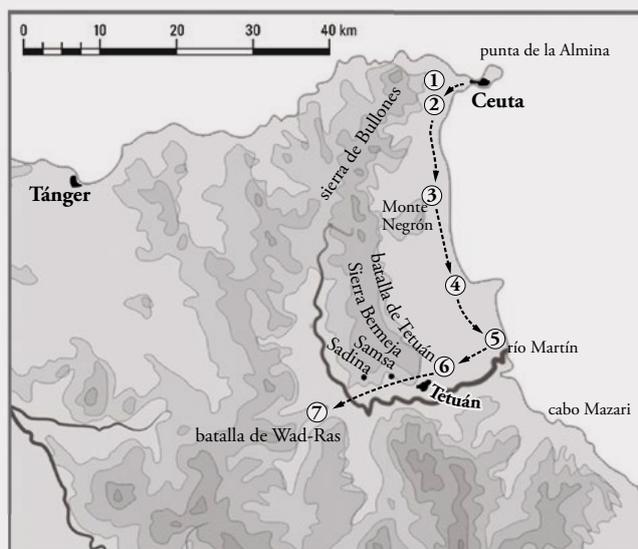
Norte de Marruecos

y la zona de operaciones durante la guerra de 1859-1860

☉ Posiciones españolas en el norte de África antes del conflicto

La guerra

- ① Combates frente a Ceuta
- ② Batalla de Castillejos, 1 de enero de 1860
- ③ En las laderas del Monte Negrón, 6 de enero de 1860
- ④ Cabo Negro, 14 de enero de 1860
- ⑤ Batalla de Tetuán, 4 de febrero de 1860
- ⑥ Batalla de Wad-Ras, 23 de marzo de 1860



DOSIER DE PRENSA



CAPITULO 1

LA CUESTIÓN DE LOS «MARMOLILLOS»

En cierto modo, pues, a mediados de agosto ambos países se encontraban, incluso aunque no lo desearan, en rumbo de colisión. Los de Anghera se resistían a perder de forma definitiva unas tierras que consideraban propias, con razón; para Abderramán no era fácil controlarlos, pero tampoco podía ceder impunemente una parte de la herencia de sus antecesores, y menos todavía en su precario estado de salud, y para España resultaba vital impedir que Ceuta pudiese ser cañoneada. Se estaba ante intereses contrapuestos que resultaba problemático conciliar.

Un segundo escrito del gobernador al Departamento de Guerra, el 13, plasma meridianamente esa posición española. Narra ahora con más detenimiento lo sucedido. Dice que «habiendo dado principio a nuevas obras de fortificación», que requerirían movilizar a numerosos presidiarios, juzgó insuficiente la habitual custodia de dieciséis hombres de la compañía de lanzas, por lo que decidió levantar un cuerpo de guardia con capacidad para una compañía entera de infantería, a doscientos cuarenta pasos de las puertas de la plaza y a más de seiscientos del límite entre el «campo del moro» y el territorio plenamente marroquí. Antes de hacerlo, informó al alcaide del Serrallo.

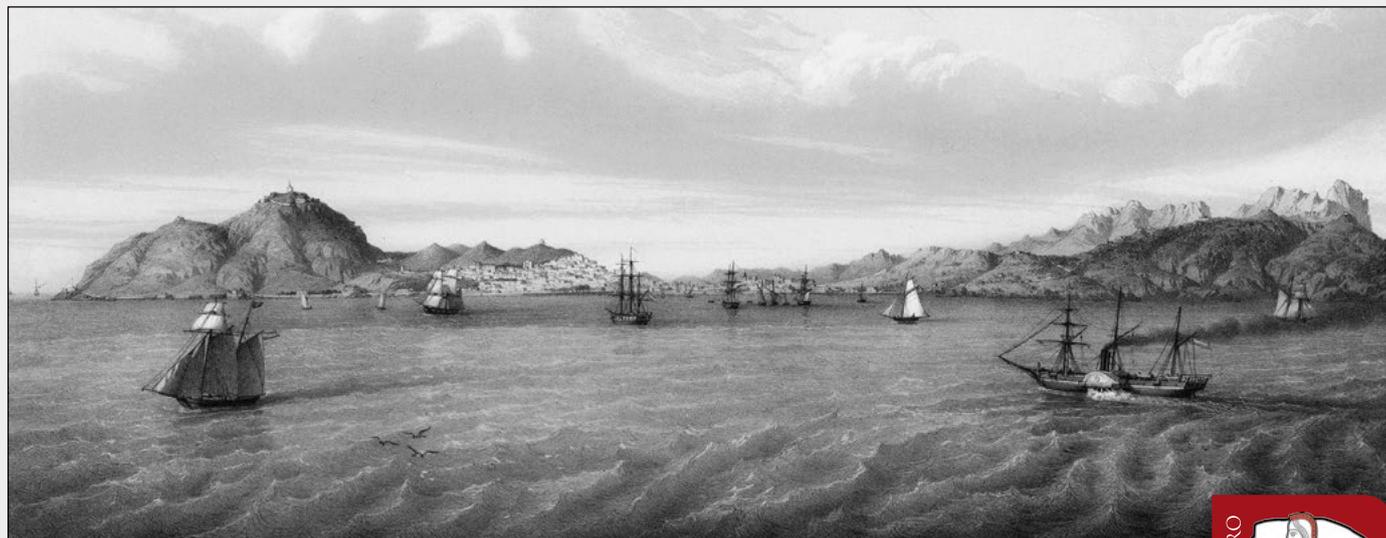
En su opinión, esa comunicación no fue más que una prueba de su buena voluntad, ya que, en una lectura peculiar del ya citado artículo 15, consideraba que «los límites del campo absolutamente nos pertenecen». Desdeñaba, de esa manera, un punto tan esencial como era la limitada finalidad para la cual el sultán había renunciado parcialmente a sus derechos en ese espacio.

Continúa luego describiendo el incidente de la noche del 10 al 11 y detalla el encuentro con los cabileños. Mencio-

na que estos se hicieron acompañar por tres escribanos, con lo que mostraban que contemplaban el conflicto como un contencioso jurídico, y que deseaban resolverlo por esa vía, y no por la fuerza. Argumentaron, en efecto, que el terreno pertenecía a su cabila –lo que era cierto– y que «solo había sido cedido para pastoreo de ganado y desahogo de la plaza», lo que también era verdad. Gómez Pulido cuenta que les respondió insistiendo en los derechos de España y que les amenazó con que «les ametrallaría» si no los respetaban. Entonces, sigue, los marroquíes «me pidieron que la obra se construyese solo de madera, a lo que me negué resueltamente, retirándome sin querer oír nuevas explicaciones».

Del infructuoso diálogo se deduce que los montañeses tenían, como mínimo, un argumento atendible. Atribuir su actitud, como hace Gómez Pulido, a «ignorancia siempre acompañada de mala fe» era tan racista como injusto. Sobre todo, porque al final del despacho muestra sus verdaderos pensamientos. De un lado, considera «muy favorable para los intereses de España» la muerte próxima del sultán y el posterior periodo de caos que era previsible. De otro, alude de nuevo «a los cuatro fuertes que están asignados y aprobados sobre El Otero, en la línea divisoria o próximos a ella».

Admite, por tanto, algo determinante para valorar la crisis. No interesaba tener un interlocutor válido para negociar, y Madrid había decidido, sin consultar a Marruecos, extender las fortificaciones de Ceuta, estableciéndolas sobre un área en la que únicamente disfrutaba derechos de pasto. Además resultaba claro que esas obras estaban destinadas no a proteger al ganado mientras comía, sino a reforzar la seguridad de la plaza, una finalidad que nada tenía que ver con el uso para el que se había cedido el terreno.



Panorama de Ceuta, en el *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

CAPITULO 2

UN PARTIDO «BABILÓNICO»

En la Unión Liberal «vinieron a tocarse las dos fracciones, la más conservadora del antiguo Partido Progresista y la más liberal del antiguo Partido Moderado». Pretendía «primero, impedir a todo trance que el poder llegue a manos de la reacción, [...] y segundo, impedir la invasión de las ideas democráticas y socialistas», para lo que se creía que «debía reforzarse el principio de autoridad, pero sin renunciar de ninguna manera a los principios legítimos, a las conquistas gloriosas de la revolución, y aceptando la idea de un progreso lento, pero indefinido».¹⁵ El único diputado demócrata, Nicolás María Rivero, coincidía en parte, al aludir a «esta que no es reacción ni revolución, y que se ha convenido en llamar Unión Liberal»,¹⁶ mientras que un periódico de la oposición¹⁷ la describía, sañudo, como una alianza entre «moderados sofistas» y «progresistas eunucos».

El problema del ensayo era que se trataba de una reunión de hombres, más que de proyectos, carente de una auténtica vertebración ideológica, «una colección de burgraves [los que hoy se llamarían barones] de intereses no ya divergentes, sino hasta a veces contradictorios, amalgamados por su lealtad personal a O'Donnell»,¹⁸ y separados por sus egoísmos respectivos, se podría añadir. Se trataba de «un admirable estado mayor sin ejército», como se ha dicho en términos castrenses,¹⁹ un conglomerado de ambiciones individuales que el paso del tiempo hizo cada vez más difícil conciliar; ante la «falta de principios fijos».²⁰ Un avezado rival apostilló, en referencia al conde de Lucena: «sus aspiraciones tenían que concretarse a allegar a su persona individuos, fuese la que quisiera su comunión anterior; bastábale el que aceptasen simplemente el seguirle, olvidando su pasado, anteponiendo a él su interés en unir su suerte y su porvenir a la suerte personal del capitán general O'Donnell».²¹ No faltaban socarrones que, por esa razón, cambiaban el nombre del partido por «Confusión Liberal».

Por otro lado, el sistema en sí tenía serias limitaciones de fondo. La ley electoral exigía para votar un patrimonio que pagara 400 reales de contribución directa, y de 1000, con una renta de 12 000, para ser elegible.²² A su vez, «las clases proletarias no pueden nada sin la asociación, y la asociación, cuyo solo nombre entre nosotros es un crimen, les

está vedada, o poco menos, por las leyes».²³ De esa forma, amplios sectores de la población, incluyendo el incipiente de trabajadores de la industria, permanecían al margen de la vida política. El descarado activismo del ministro de la Gobernación, Posada Herrera, maestro en la manipulación electoral, hasta el punto de que se le ha atribuido la creación del cacique político, aumentaba la artificialidad del régimen.

Al tiempo, al fagocitar la Unión Liberal a amplios sectores de los dos grandes partidos que habían sido columnas de toda la estructura política, el progresista y el moderado, ambos quedaron seriamente debilitados. Aquel, además, hipotecado por la ciega hostilidad de Isabel II, y este, que desde un principio «se mostró hostil al nuevo gabinete»,²⁴ maltratado de forma especial por el Gobierno, que, bien pertrechado por una severa ley de censura,²⁵ que se endurecería mientras duró el conflicto,²⁶ se cebó en sus órganos de prensa. El mismo O'Donnell sabía mejor que nadie del peligro para la estabilidad que ese vacío suponía. Consciente de que «la Unión Liberal no es partido, ¿cómo ha de ser partido el que entraña la idea de todos?»,²⁷ propuso a Juan Prim, sin éxito, establecer entre ambos un esquema rotatorio, que entonces no pudo ser, pero que se implantaría en el turno pacífico de la Restauración.



Entusiasmo en las calles de Madrid, grabado de José Martínez en *El Mundo Pintoresco*, n.º 7, del 12 de febrero de 1860.

A la falta de un verdadero respaldo popular, la carencia de ideología y de alternativa, y el fraccionamiento de las formaciones políticas tradicionales, se sumó un aventurismo en política exterior, mediante intervenciones armadas, que contribuiría al eventual fracaso de la Unión Liberal. Entre ellas, la Guerra de África fue la menos desafortunada, o la más acertada, dependiendo del punto de vista. La de Cochinchina resultó estéril, aunque supuso pérdidas humanas y gastos para el erario. Quizá, su única compensación fue permitir al público leer, en un mismo día,²⁸ noticias sobre operaciones en tan lejanas tierras y en Marruecos, lo que es posible que diera una sensación de poderío, falsa, por otro lado. En cuanto a la de Santo Domingo fue un derroche ruinoso, con un coste de más 30 000 vidas y casi 400 millones de reales, para nada. Se intentó jugar a la gran potencia, al modo de la Francia de Napoleón III, sin que el país pudiera permitirse tales lujos. A larga, esas empresas contribuyeron a fragilizar los gobiernos de O'Donnell.

CAPITULO 2

EL EJÉRCITO ESPAÑOL

En cuanto a la tropa, se reclutaba por el sistema de quintas –lo que se denominó «contribución de sangre»–, que «entre 1854 y 1868 se desarrolló rápidamente». ⁷³ El término, sin embargo, no se aplicaba en sentido literal. En la práctica, se fijaba un «cupo» de hombres que el Ejército necesitaba, y solo se llamaba a filas a los necesarios para cubrirlo. De esa manera, en 1859 fue a servir un mozo por cada 614 habitantes, lo que era un porcentaje muy razonable, inferior, en todo caso, al de muchos países europeos. En el llamamiento normal de ese año, se sortearon 128 403 mozos, pero por el cupo no se escogieron más de 24 139. Las diferentes exenciones libraron a 23 330, de ellos hasta 14 007 por ser cortos de talla, a pesar de que ese año se había rebajado en 27 milímetros, dejándola

en 1,569. ⁷⁴ Del reemplazo extraordinario de 25 000, mencionado antes, únicamente entraron en caja 16 526, y del también extraordinario de 1860, 35 354. ⁷⁵

Existían dos medios de evitar esa «contribución», además de la suerte y de los impedimentos físicos y exenciones de uno u otro tipo. Debido a que en España, como en otros países europeos, se impuso «el modelo burgués de reclutamiento», ⁷⁶ existían tanto la sustitución como la redención a metálico, que en la época que nos ocupa pasó de 6000 a 8000 reales, prueba de la aceptación que tenía. Con esos procedimientos, el mozo, o bien «compraba», al «precio del mercado», a otro para que ocupara su puesto en el ejército, o bien abonaba al Estado una suma destinada, en teoría, a encontrar un voluntario que se alistara en su lugar. Desde luego, las clases menos favorecidas estaban excluidas del disfrute de ambos, ya que la última cifra citada era tan elevada como el importe de los ingresos de un profesional durante un año entero.

La consecuencia es que el servicio militar se consideraba «una desgracia, que se estima y se avalora por la nación en 6000 reales [la cantidad vigente cuando escribía el autor]; el honor de servir a la patria no lo solicita nadie, sino cuando está arruinado, cuando no tiene dinero para otra cosa». Los hombres, de «lo que huyen, y con sobrada razón, es el cuartel», donde son «como un comodín para los jefes de cuerpo

y hasta para los sargentos y cabos de la compañía», ⁷⁷ que los empleaban incluso en labores domésticas.

Los mismos militares ilustrados ⁷⁸ reconocían «la triste idea que existe de la vida material del soldado» y «el aborrecimiento que la quinta inspira», que hacía, por ejemplo, que el pueblo llamase *vendidos* a los que sentaban plaza a cambio de

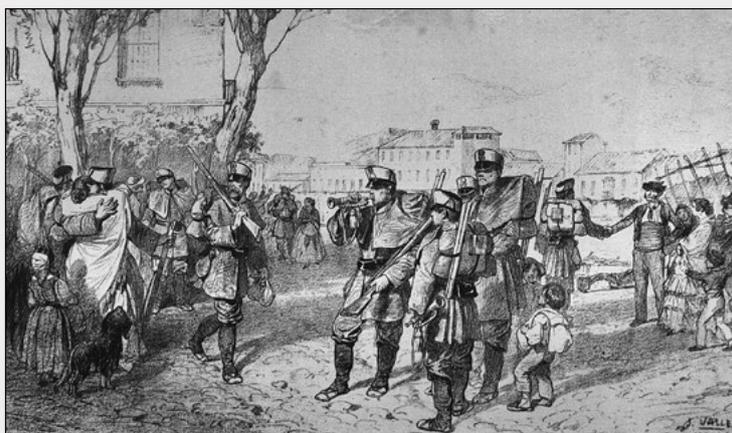
dinero. Aunque no se pusiera el sistema en cuestión, se admitía que «la ley de reemplazos ha sacrificado los principios más democráticos a las exigencias del espíritu mercantil», al aceptar «el principio de redención a metálico [que] degrada el carácter elevado y patriótico de la conscripción y desmoraliza al ejército».

En abril de 1859, se produjo un interesante debate sobre esta materia, que refleja los dos principales puntos de vista. Rivero,

enemigo declarado del reclutamiento forzoso, al que consideraba un «odioso e inicuo tributo que se impone al pueblo español, digo mal, a la parte más desgraciada del pueblo español», afirmó que el «sistema de reemplazos es mortífero» y que «las quintas desmoralizan y perturban todas clases proletarias». ⁷⁹ El ministro de la Gobernación le respondió, señalando que:

[...] la base constitucional es que todo español está obligado a defender a la patria [...] pero [...] hay muchos que, aunque tengan las condiciones exteriores necesarias para ser llamados al reemplazo del ejército, no tienen verdaderamente ni vocación, ni condiciones físicas, ni hábitos de trabajo material [...] Son precisamente los hijos de las clases acomodadas y familias ricas, personas que no tienen verdaderamente la robustez necesaria para servir en el ejército, y [...] no servirían más que para aumentar la cifra de mortandad o la cifra de enfermos.

Rivero le contestaría mordazmente: «aquí pasa lo siguiente: todos los hijos de familias ricas son enanos, son tóxicos, no tienen fuerzas, son endebles para llevar las armas; todos los proletarios son gigantes, son fuertes, deben servir para la guerra [...] y para los goces y delicias del servicio».



Llamada a las tropas del III Cuerpo para el embarque, en *Crónica de la Guerra de África* (1859), de Emilio Castelar, et al.

CAPITULO 3

EL EJÉRCITO DE ÁFRICA

Prim (Reus, 1814),⁹ que ostentaba el título de conde de Reus, la localidad de su nacimiento, brillaba con luz propia en el plantel de generales. Procedente de las filas progresistas, como Zavala, por otro lado,¹⁰ se había alineado por el momento en la Unión Liberal, pero no tenía toda la confianza de sus dirigentes. Lo prueba que se escribiera que, «como es sabido, no se contó con el general Prim al nombrarse a los jefes» de las tropas destinadas a África, y que si «por último» se le designó, fue porque se había ofrecido a ponerse al frente de hasta solo una compañía y «esta manera de solicitar no podía de ningún modo ser desatendida»,¹¹ dado el prestigio que ya en la época tenía.

Este general, que en Marruecos alcanzaría la categoría de ídolo, sobre todo en Cataluña, tenía en su haber otra de las carreras fulgurantes que produjo la Primera Guerra Carlista. La empezó de soldado, en un despreciado cuerpo franco, el de Tiradores de Isabel II, y la acabó de coronel. Ferdinand de Lesseps, el futuro padre del canal de Suez, lo describió como de «ardiente imaginación, ninguna moralidad, de lealtad dudosa, un verdadero aventurero, peligroso». ¹² A lo que se podría añadir una acentuada afición a la intriga y una enorme ambición, casi tan grande como su valentía personal. El problema es que esta era, lo dice suavemente Lavigne,¹³ «con frecuencia imprudente», y lo que es peor, hacía extensible a sus hombres el desprecio por su propia vida, como se verá a lo largo de la inminente campaña. Desde ese punto de vista, el coraje frío de O'Donnell resultaba mucho más digno de admiración.

Para Von Goeben «tenía gran valor, [era] vigoroso, muy ambicioso, muy apasionado». Indica, no obstante, que sus «numerosos» adversarios, «no hablan de sus hazañas sin una sonrisa irónica». ¹⁴

Hay opiniones muy tajantes sobre el conde de Reus. Según un brigadier que estuvo en la guerra y que coincidía con la de «algunos generales y amigos personales de don Leopoldo O'Donnell»:

[...] fue falta de previsión en este el conferir a Prim el mando de una división en la campaña de África, por considerarlo como hombre muy peligroso para la monarquía y para la tranquilidad de España, vista su desmedida ambición, espíritu levantisco y avanzadas ideas, teniendo, sobre todo, en cuenta la popularidad que podría alcanzar, no por hechos de extraordinario mérito, sino por el bombo que sus adláteres y los periódicos progresistas, con la entonces famosa *Iberia* a la cabeza, le darían.

Añadía, lo que es inverosímil, que «los defensores del nombramiento aseguraban que O'Donnell lo llevaba a la guerra para ver si quedaba en ella y así se deshacía de hombre tan peligroso». ¹⁵

La anómala posición de Prim en el ejército se plasma en que solo se le dio el mando de una división, y reducida, siendo teniente general, mientras que sus compañeros de empleo recibieron cuerpos de ejército, igual que Echagüe, simple mariscal de campo. Era, además, el único, junto con Ros, que se había batido anteriormente en África, lo que si se hubiera atendido nada más que a criterios militares, era una razón adicional para haberle encomendado mayores responsabilidades.



El general Prim y sus ayudantes, en *Diario de un testigo de la Guerra de África* (1859), de P.A. de Alarcón.

CAPITULO 4

EL CAZADOR FRANCISCO LÓPEZ CONEJERO Y EL CORNETA DE LAS BELLOTAS

El 23, de nuevo, descansaron las cabilas, quizá para reponerse, pero apareció un enemigo no menos peligroso, la lluvia, que llevaría a la zaga otro aún peor: el cólera. En cuanto a la primera, hizo sufrir «extraordinariamente a los soldados y oficiales que no tenían tiendas suficientes», aunque llevaban ya cuatro días allí, lo que se debía a la interrupción de comunicaciones con la Península. Respecto al segundo, aunque se sabía que «ese espectro que parece despertarse al ruido del cañón»⁴² era «compañero inseparable de los ejércitos modernos», y a pesar de que, como se ha dicho, se habían presentado ya casos en Algeciras, en el presidio solo se había previsto un hospital, dotado nada más que con tres médicos, y sin enfermeros ni los utensilios necesarios;⁴³ «el estado sanitario de Ceuta cuando dieron principio las hostilidades no podía ser más alarmante». Parece que ya había habido brotes poco antes, pero cuando empezaron a llegar tropas, que lo traían consigo tras su paso por los puertos levantinos, la ciudad se convirtió en «un inmenso hospital».⁴⁴

Se pagaría un precio terrible por la culpable dejadez. De momento, hubo doscientos cincuenta casos en esas veinticuatro horas,⁴⁵ pero hay que tener en cuenta que la epidemia no solo enviaba a los hombres al hospital y al

cementerio. Era, también, fiel aliada de las heridas, hasta el extremo de que los médicos españoles opinaron que la mayor de parte de los heridos que murieron, fallecieron «por el cólera morbo, que complicó» su estado.⁴⁶ Se ignoraba entonces todo sobre ese mal –«nada sabe la ciencia sobre su causa»–,⁴⁷ pensando algunos que se trataba de una «fiebre perniciosa intermitente de un solo acceso». Uno de los tratamientos no iba más allá de té con ocho gotas de cloroformo,⁴⁸ pero también se recomendaba «láudano tomado con las infusiones de té y de manzanilla, pero en dosis valientes», y «cocimiento de arroz».⁴⁹ Un hombre lo superó a base de esos productos, la faja que llevaba y un terrón de azúcar mezclado con láudano y alcanfor.⁵⁰

No extraña que se señalara que «aquel día fue muy triste»; «el temporal amenazaba seguir impidiendo por muchos días que se recibiesen socorros», y «los soldados tenían que dormir sobre el barro y la humedad, y batirse de día en medio de torrentes de lluvia, y con los pies hundidos en los charcos y el lodo».⁵¹ Las noches, pasadas bajo el insuficiente cobijo de las tiendas o de guardia, al aire libre, eran todavía peores. Nada de ello ayudaba a poner coto a la epidemia y al desarrollo de enfermedades.



Un hospital de Ceuta, ilustración de José Severini y Francisco Javier Ortego del *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859), de P. A. de Alarcón. Cortesía del Zumalakarregi Museoa.

CAPITULO 5

EL CABO MUR Y UN ESTANDARTE

Ese escenario de hombres jadeantes que agotados se apoyan en los fusiles, los rostros cubiertos de polvo surcado por chorros de sudor, con los uniformes en desorden, casi sin mandos, próximos al letal pánico, será el de la apoteosis del conde de Reus. Decenas de libros la han descrito y se ha plasmado repetidas veces en cuadros y grabados. Prim, encolerizado, arranca la bandera de manos del que la llevaba, la blande, pronuncia una enérgica arenga y arrastra al batallón avergonzado tras de sí, contra el enemigo. Algún cronista, dominado por la exaltación, menciona que también agitaba la espada.

No resulta evidente que las cosas sucedieran así; desde luego, en ningún caso con la bandera en una mano y el acero en la otra. No hay jinete que logre mantener el equilibrio, en esas condiciones, sobre un caballo excitado por la fusilería y el griterío de los cabileños.

Todo recuerda mucho al archiduque Carlos de Austria, en la batalla de Aspern, en 1809, agitando una bandera, escena inmortalizada en la estatua ecuestre de la Heldenplatz de Viena. En aquella ocasión, el propio protagonista se burló luego de la proeza que se le atribuía, comentando que para un hombre como él hubiese

sido imposible sostener una pesada enseña de infantería con una sola mano y, a la vez, mantener el control de su montura.

Es posible que lo mismo le sucediera a Prim. Por algo los abanderados, incluso a pie, utilizan un regatón para ayudarles a sostener la enseña, y por algo los estandartes de caballería tienen menores proporciones que las banderas de infantería; mantener una de estas, por no decir ya tremolarla, a pulso y sobre un corcel, es tarea de Hércules. Quizá González Ruesgas, presente en los Castillejos, acierte cuando dice:¹⁵ «Prim, toma su bandera y poniéndola sobre el arzón de la silla gritó [...]». Se trata de la hipótesis más verosímil, aunque menos teatral, porque es la mejor manera de llevar un objeto pesado, sobre todo si es alargado, cuando se está a caballo, aunque ello suponga que el general regresó a la refriega sin arma alguna. Otra alternativa, también creíble, es que levantara la bandera unos instantes, y se la devolviera a su portador. Él mismo, en su primer parte ni menciona el tema, mientras que en el segundo señala que «empuñé la bandera y se la mostré», sin ir más allá. En todo caso, que oficiase, como dice en una carta,¹⁶ «de general abanderado» parece algo exagerado. Por cierto, en ella no menciona que se hubiera quedado sin cartuchos. Aunque sea una simple anécdota, al menos durante una parte de ese día mantuvo en la mano no la espada, sino su bastón de general con pomo dorado.¹⁷



PRIM EN CASTILLEJOS

Prim durante la batalla de los Castillejos, en *Jornadas de Gloria o Los Españoles en África* (1860), de Víctor Balaguer.

CAPITULO 6

EL 4 DE FEBRERO

Las bandas tocan al unísono la orden de ataque general y el ejército se lanza a la carrera decisiva, casi al mismo tiempo que, ya a alcance corto de fusil, los parapetos de los marroquíes, que habían observado una notable disciplina, se encienden con los disparos de las espingardas. Es entonces cuando los de Isabel II empiezan a sufrir bajas significativas, que no les arredran.

Los hombres de Ros no encuentran grandes dificultades. Han desbordado las fortificaciones del contrario por la izquierda, y no tienen otro obstáculo ante sí que los propios adversarios, a los que fácilmente ponen en fuga con una carga a la bayoneta, penetrando en su campo.

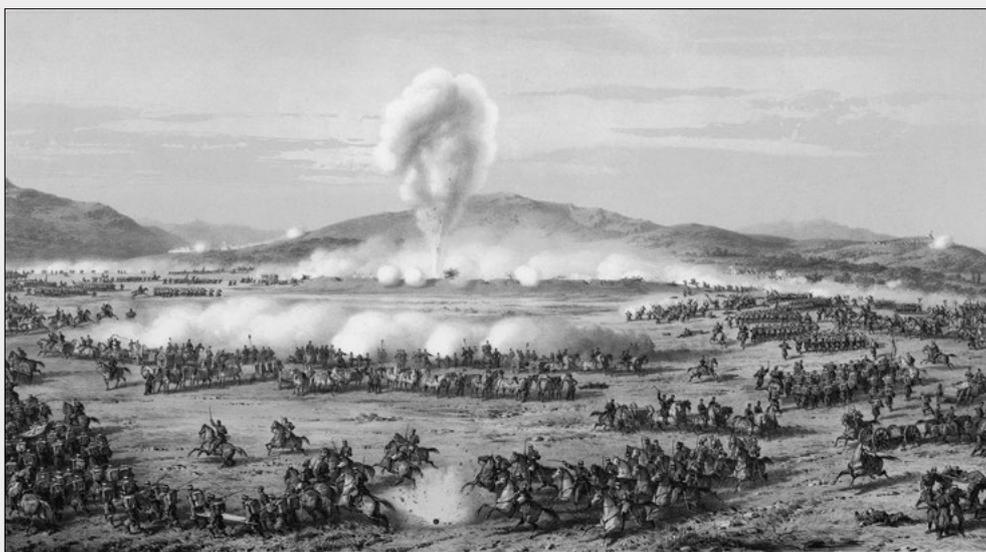
En el sector de Prim, en cambio, todo resulta más complicado. Primero, hay que vadear una zona pantanosa, «como un arrozal»,⁶³ cubierta de hierba y flores que existía allí, delante de los parapetos. Los soldados se hunden en ella hasta las rodillas, ofreciendo un fácil blanco a los marroquíes y a sus cañones, que «hicieron a quemarropa dos o tres disparos de metralla sobre los Voluntarios Catalanes, sobre los Cazadores de Alba de Tormes y sobre otro batallón que no recuerdo». ⁶⁴ Era el 1.º de Saboya, de la II Brigada de la 1.ª División, que se encuentra ya toda en primera línea. Solo un impacto en la compañía de granaderos dejó fuera de combate a un teniente, todos los sargentos y 35 hombres. Poco antes, su capitán había dicho a Prim: «mi general, quíteme de delante esta guerrilla», a fin de poder lanzarse al asalto, lo que hizo, a pesar de las bajas. ⁶⁵ La descarga espanta al caballo de Yriarte, que se encabrita y le hace caer en el «barro, espeso y blanquecino como la

leche»,⁶⁶ de «olor fétido e inmund»,⁶⁷ del que con dificultad, ayudándose unos a otros, se van extrayendo los soldados, para continuar el ataque; «varios, que iban cargando a la bayoneta, permanecieron algunos instantes de pie y como clavados en el fango, después de haber recibido balazos en el pecho y aun en la cabeza que eran mortales de necesidad». ⁶⁸ Alguien que pasó por allí después hablaría del «barro ensangrentado». ⁶⁹

El historiador de la unidad asegura de los catalanes que «nuestros soldados no supieron reaccionar hasta que Prim, que estaba en la retaguardia, se puso al frente y les animó a continuar avanzando». ⁷⁰ Las cantineras del batallón, que lo habían acompañado, «tuvieron que reclamar ajeno auxilio»⁷¹ para poder salir del barrizal. En realidad, todos los que se encontraron en la angustiosa situación, necesitaron «ajeno auxilio», a la vez que lo prestaban a otros. Fue un sálvese el que pueda, pero para atacar, no para retroceder. Por lo que se refiere a los Voluntarios, lanzar a bisoños a aquel infierno, hacerles soportar en formación cerrada fuego de artillería, para luego entrar en una ciénaga y a continuación salir de ella para asaltar un campo atrincherado, es algo que desafía a toda lógica, excepto la política. Lo asombroso es que no echaran a correr.

O'Donnell, dejando de lado por primera vez su legendaria frialdad, grita en francés, «*En avant!, en avant!*». ⁷² Los momentos son críticos, aún más porque, «ora por haberse anticipado Prim en su ataque a la trinchera, ora por haberse involuntariamente retrasado el general Ros en su marcha envolvente, no coincidieron ambos cuerpos

como estaba prevenido en el instante mismo del asalto», lo que «hubiera ahorrado mucha sangre». ⁷³ Sea como fuere, en pequeños grupos rebozados de barro, los hombres se arrojan contra la línea de Muley Ahmed. Al parecer, Alba de Tormes y los catalanes lo hicieron de frente, mientras que Prim se corre a la izquierda, con Princesa, León y Córdoba, hasta que encuentra un hueco –una tronera, afirman muchos– y entra por ella en el campamento, matando, al hacerlo, de un tiro o de un sablazo, según las fuentes, a un artillero.



Vista de la batalla de Tetuán en *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

CAPITULO 7

LA DIFÍCIL PAZ

Un simple cazador, procedente de la quinta, expresa los sentimientos del ejército ante la noticia: «se echaron innumerables vivas, viéndose innumerables roses y pañuelos por el aire, dando muestras de alegría». ⁸⁸ Había algunos que discrepaban, como el infante de línea Monedero, ⁸⁹ que sostiene que «habíamos formado la idea de entrar en Tánger, y casi, casi, estoy por decir que todos, absolutamente todos, nos vemos desilusionados». Pero, como voluntario que era, debía tener una especial motivación. La realidad es que «el soldado no comprendía lo que quedaba por hacer en África, puesto que no debían hacerse conquistas», ⁹⁰ como había proclamado de forma oficial el Gobierno. Aun en una unidad de choque, como Alba de Tormes, «todos los semblantes respiran alegría, todos se felicitan y abrazan». ⁹¹

En una orden general del mismo 25, O'Donnell proclamaba que «las indemnizaciones que en terreno y en dinero se obliga a darnos el Gobierno marroquí, compensan los sacrificios que la Patria ha hecho para vengar la ofensa recibida».

Pero en la patria a la que alude, no se pensaba así. Los adjetivos negativos con que se recibió la firma fueron legión: la paz era «mezquina» y fue «acogida con desdén»; ⁹² «la impresión [...] fue penosa»; ⁹³ hubo «frialdad», ⁹⁴ «indignación casi colérica» ⁹⁵ por «el funesto tratado»; ⁹⁶ «los exiguos resultados [...] no han satisfecho a la opinión general». ⁹⁷ Aunque es muy cierto, y conviene subrayarlo, que «la verdad es que no habría tantos Pedros Ermitaños si todos los que piden guerra tuviesen que ir a ella». ⁹⁸

El Gobierno se había encerrado, en parte por su culpa, en un callejón sin salida. Por medio, entre otros, de los periódicos que le eran afines, «se han despertado los instintos belicosos de la población», a la que «se le ha hecho entrever que España, a través de estas nuevas glorias, recuperaría una parte de su antigua posición de prepon-

derancia». ⁹⁹ Se explotó, ciertamente, «el patriotismo cándido e imprevisor» ¹⁰⁰ de «las masas inconscientes, engañadas». ¹⁰¹

En cuanto al resto de la prensa, «después de haber contribuido en gran medida a forzar al Gobierno para que entrase en la guerra, cuando llegó el momento oportuno para firmar la paz, hizo lo posible para evitar que el conflicto terminase de una forma honrosa y ventajosa». ¹⁰²

Porque, como en política nada es neutral, «los políticos, tomándola [la guerra] como arma de oposición, esperaban que sucumbiesen en ella, aunque también sucumbiese la nación, el general en jefe y su gabinete». ¹⁰³ Para conseguirlo, no habían vacilado en atizar desde sus diarios el espíritu belicista, confiando en que O'Donnell sufriese una derrota militar o una diplomática, al firmar un acuerdo que, por definición tendría que ser insatisfactorio, porque apenas había límite a las aspiraciones sobre Marruecos.

Al final, fue «culpa del Gobierno de Madrid, que no supo o no quiso ilustrar y dirigir a tiempo la opinión; culpa de nuestro país, que se deslumbró por las victorias y quería nada menos que la conquista de Marruecos; culpa de aquellos hombres [...] que alimentaron esas ilusiones de las masas», y que si al principio querían evitar que el duque de Tetuán alcanzase victorias, luego querían que fracasase, ¹⁰⁴ al tiempo que «los partidos políticos volvieron a ensañarse contra él». ¹⁰⁵ Por diferentes razones y desde perspectivas distintas, progresistas, moderados, demócratas y neocatólicos se revolviéron contra el presidente, tanto en la prensa como en las tribunas del Congreso.

Hubo, naturalmente, gente lúcida, como Cánovas, que afirma que «yo era de los que querían la paz a toda costa». ¹⁰⁶ Pero quedaba una pregunta incómoda en el aire, el para qué de aquella guerra. Como se verá, no dejaría de perseguir al duque de Tetuán.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

